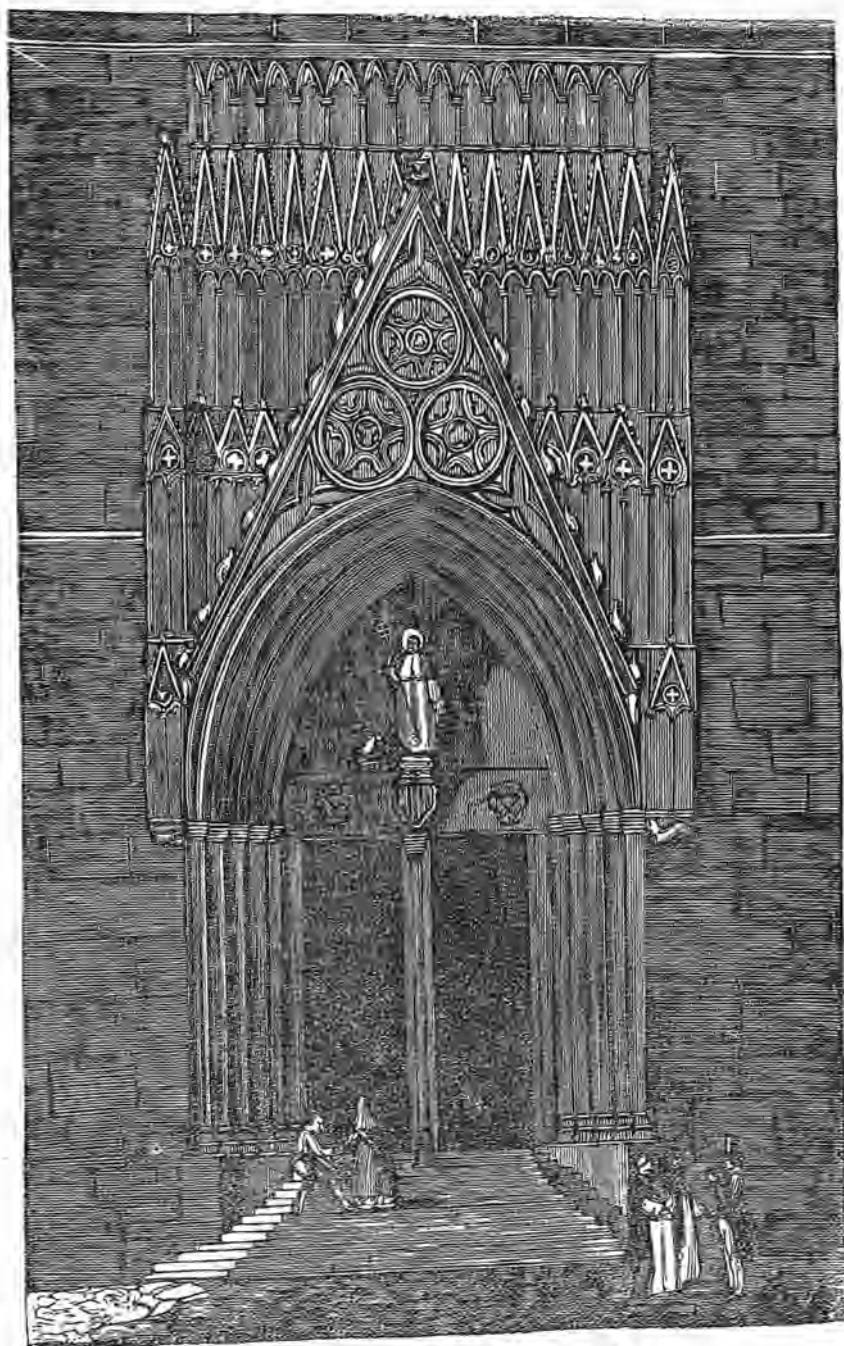


ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Convento de Santo Domingo de Palma.

«He aquí los restos de pasados días,
las huellas tristes de olvidados hombres,
los monumentos de apartados siglos
que han fenecido.»

B.

Entre los bellos edificios que constituyen la dignidad y ornato de esta capital, descollaba magestuoso

el modelo del romanticismo, el poema de piedra que desafiaba á los siglos, y que ha sido derribado en el de las luces. Su derribo, que un escritor atribuye al vandalismo, nos ha cubierto sin duda de baldon y de ignominia sempiternas; pues, todo aquel interés, todas aquellas miradas de atención, de curiosidad y respeto que daban á Santo Domingo cuantos lo raste

ros visitaban nuestra isla, se han convertido en demostraciones de odio al ver el feo y asqueroso hueco que nos queda en su remplazo.

Luego que la vista gozaba de aquella grandiosa fábrica, se ofrecían á la imaginación las varias ideas que provocan los monumentos de esta clase, en que las artes trabajaban á porfía en holocausto de la divinidad, esforzándose pintores y arquitectos por pagar á Dios en obras espléndidas cuanto le debían de genio, sin otros deseos de gloria póstuma, ni otro anhelo por legar á las generaciones futuras el nombre humilde con que por lo regular eran conocidos.

Santo Domingo, el templo-modelo cuya magnificencia en sentir del cronista Diago no tenía igual en el reino de Aragón, era un ejemplar de los singulares y de los mas acabados de España. Borróse para siempre, y si se hiciese lo propio con la Catedral, S. Francisco, y la Lonja, sería Palma un esqueleto espantoso y melancólico, como tambien lo serian las cortes de Roma, París, y Madrid si se borrasen de ellas los grandes y suntuosos edificios que las decoran. El tiempo, dice un moderno, no es el enemigo mas temible de los monumentos; no parece sino que la mano de los hombres les ha jurado una guerra mortal. Así es como á principios de 1837 ya pudo decirse á Santo Domingo,

¡Salud, desvalido templo!
tu esplendidez ya caduca...
contra ti mas que del tiempo
la saña del hombre es cruda;
Y aunque tu remoto origen
en muchos siglos se funda,
sin respetarte, su mano
al fin te abrirá la tumba.

Un rectángulo forma el área que ocupaban la iglesia, huerto y convento. Esta área fue el terreno que miraba á la calle de *Benazet*, en la plazuela de la Almudayna, concedido por el Rey D. Jaime I, con privilegio de 21 de Mayo de 1231 *ad construendum et aedificandum monasterium et ecclesiam ordinis praedicatorum*. Este convento estuvo situado casi en el centro de la ciudad, en el lugar donde empieza á descender la línea culminante de la colina que esta cubre, y las primeras noticias que tenemos de su fábrica se reducen á haber sido su autor el famoso arquitecto Jaime Fabra, que tanto acreditó su inteligencia en la de la catedral de Barcelona. Una escritura otorgada en Mallorca á 8 de los idus de Octubre de 1317, ante Jaime Rausin notario es el testimonio con que apoyamos esta verdad. Dicen los historiadores que la primera piedra de la iglesia de Santo Domingo se colocó en 17 de Diciembre de 1296 y la última en 1359. Columnas altísimas y de escaso diámetro servían de apoyo á la sola nave de que se componía el edificio. Estas columnas subían arrimadas al muro, y cortando una estrecha cornisa, que corría por lo alto de él, se levantaban todavía á recibir en sus impostas las fajas que se cruzaban para sostener la altísi-

ma bóveda. Unos grandes arcos abrian en los intercolumnios las capillas. La mayor que formaba un semicírculo, era obra de gran magestad y osadía por la mucha altura y bella forma de su bóveda. Por lo demas del templo, su longitud era de 284 palmos, con 138 de ancho y 152 de elevacion. La porteria, la aula capitular, y el *Bomport*, eran piezas que ostentaban orgullosamente bellezas artísticas que no se encuentran en otra parte, y el frontispicio principal de la iglesia, en su notable y asombroso replomo, daba una idea de que no fue solo el famoso Assinelli quien ha sabido levantar edificios con una inclinacion que pasma á cuantos la miran. El templo de Santo Domingo, obra del genio que parecia marcada con el privilegio de la inmortalidad para sobrevivir á las generaciones, á las sectas, á las invasiones, y hasta á las mismas revoluciones y trastornos de la tierra, quedó transformado en una hacina de escombros, que al verla cualquiera viajero podrá decir lo que de la demolcion de otro convento dijo un frances: *esta es la memoria que los hombres del siglo han leantado á la ilustracion del siglo!*

JOAQUIN MARIA BOBER.

NOVELAS.

LA ESPADA DEL REY PELAYO.

NOVELA HISTORICA (I).

IV.

Al siguiente día al en que D. César había estado casi como un Embajador en el barrio de los armeros, dos personas se hallaban sentadas en uno de los miradores del Palacio Arzobispal, desde cuyo punto dominaban una gran parte de los alrededores de Toledo, y el magestuoso curso del Tajo, que casi en su totalidad le rodea. Al parecer, y segun sus movimientos, estaban ocupados en una conversacion interesante, y mas de una vez sus ojos se dirijian hácia los ahumados techos y negras chimeneas de las fraguas situadas en las orillas del río. De estos dos interlocutores, el uno era el citado D. César de Carvajal, Adelantado de Cazorla, y Lugarteniente, en la parte temporal, del Prelado, y el otro era una mujer que aunque entrada en dias aun conservaba no pequeños restos de su belleza primitiva. Su traje era todo negro, así como su velo que tenía enteramente echado para atras.

—Es una lúgubre historia, Doña Fausta, decía el Conde, y ya para mí tan repelida, que sé de memoria hasta el mas pequeño detalle. Teneis razon en pedir venganza ¿Pero á que retardar mi felicidad hasta la muerte de ese hombre?

—Porque antes, Sr. Conde, es indispensable que no

(1) Véase el número anterior.

exista, contestó con viveza la enlutada, y este lúgubre vestido no abandonará á Fausta Spalazzi hasta el venturoso día en que ya pueda decir: «¡mi esposo está vengado!» Y para vos, tan poderoso como sois, ¿es acaso una empresa tan difícil la muerte de ese artesano?

El Cónde, cual buen diplomático, se hacía bien de rogar, antes de dar un golpe que ya estaba en su mente decidido. Poco hace le vimos humillado por Juan Diaz en el barrio de los armeros, y no por la vez primera; y tanto él como el Arzobispo tenían un interés en abatir el orgullo de súbditos rebeldes, que en tantas ocasiones habían despreciado sus mandatos, y por lo mismo se hallaba con deseos de servir de instrumento al rencor de la Italiana, á pesar de que los medios le faltasen.

—Señora, contestó este, no dudeis que haré todo lo posible; pero tened entendido que á pesar del poder que me suponeis, yo bendeciría la mano del que me diese la mitad del que disfruta entre sus compañeros ese miserable artesano.

—¿Será posible, exclamó rabiosa Doña Fausta, que nada se resista á la dichosa estrella de ese hombre? No tenía más que una esperanza que he alimentado por espacio de más de 20 años, esta era mi hijo Marco Spalazzi, y este falta á mis deseos.

—¿Qué decís! la interrumpió el Cónde, el nos podría servir de grande utilidad en ese asunto.

—Servirnos, repuso Fausta, con la mayor exaltación, cuando en vez de aguzar constantemente el puñal con que ha de herirse, duerme indiferente... Mas ¿que digo indiferente! él ama... no quisiera calumniarle, pero me atreviera á jurar que está apasionado de la hija del asesino de su padre.

—Ved aquí si eso es cierto, una circunstancia que echa á perder todos mis planes, dijo friamente Don César... Yo pensaba... pero es imposible.

—¿El que? preguntó la Italiana.

—Si yo hubiera podido contar con vuestro hijo.

—¿Y entonces?

—Como según se dice disfruta de la mayor confianza con el viejo armero, y sus compañeros... yo hubiera ensayado.

Por hecho, exclamó ya fuera de sí Doña Fausta. Haced lo que pensais, Sr. Cónde, en nombre del cielo, y si es absolutamente preciso que Marco os ayude, os ayudará; yo os lo aseguro.

—Muy bien Señora, contestó con fría calma el Cónde. Ya vereis hasta donde llega mi pasión, tan solo por ella voy á esponer los hombres de armas de mi Señor el Arzobispo. Mas decidme ¿Marco no tiene como los demás aprendices del barrio de los armeros, su turno de guardia?

—Sin duda.

—¿Y cuando le tocará?

—Mañana casualmente.

—¿Mañana! replicó D. César con una viveza que estuvo en poco de hacer traición á la secreta alegría que procuraba ocultar.

Señora prosiguió, si vuestro hijo nos ayuda, Juan

Diaz dejará de existir mañana mismo: y en seguida contó á la Italiana su plan, que consistía en introducir secretamente los soldados por la puerta confiada á la vijilancia de Marco. El objeto del Cónde no era únicamente, como ya el lector puede figurarse, la muerte de Juan Diaz; él avanzaba á someter de una vez á su devoción á esa especie de colonia rebelde, castigándola con una fuerte contribucion que, además de haber llenado los cofres del Prelado, le hubiese dejado una considerable ganancia. Fausta nada sabía de esto; pero que la importaba si conseguía sus deseos, y satisfacía la ardiente sed de su venganza?

Todo esto pasaba en las primeras horas de la madrugada, en cuyo tiempo Marco aun no había salido de la habitación, que tanto á él como á su madre les había concedido D. César en la parte del Palacio Arzobispal que le estaba destinada.

Doña Fausta fue al momento á ver á su hijo, y le arancó con poco trabajo la promesa de secundar en un todo á los designios del Cónde, franqueando la entrada á sus soldados de armas; y á poco tiempo, Marco estaba caminando con direccion á la casa de Juan Diaz.

Las palabras de su madre habían efectivamente encendido en su corazón algun chispazo de odio, y se determinó á obedecer. Tan solo una pasión hubiera podido hacerle retroceder en sus designios contra su padre adoptivo; pero esta pasión, que Fausta creía tan vehemente hácia la hija del armero, era nula en comparación de otro deseo, mas poderoso aun y que desde su misma infancia sin cesar atormentaba el alma y corazón de Marco. Este solo deseaba la posesion de la milagrosa daga que había traspasado la coraza de su padre, y por pequeño y miserable que fuese este pensamiento, absorbía todas sus facultades, sin dar lugar á otros nobles sentimientos. Su naturaleza egoísta y limitada, no le permitía hacer el correspondiente aprecio de la muerte de su padre, á quien no había conocido, y cuya catástrofe ya hacía más de 20 años que se había verificado. Con todo, á pesar de su débil y limitada inteligencia, conservaba por algun tiempo la impresion del sentimiento que se le quería inspirar; y cuando llegó á los talleres, la imagen de su madre irritada y casi convulsa, estaba aun delante de sus ojos y el nombre de su padre resonaba en sus oídos, confundido á poco tiempo con el ruido de las fraguas y acompasados golpes de numerosos martinetes.

Juan Diaz había pasado mala noche, y como le sucedía siempre que en lo mas mínimo se excitaba en su corazón el mas pequeño temor relativo á la conservacion de su misteriosa espada, todas sus reflexiones venían á recaer sobre Marco, á quien profesaba el mas caprichoso cariño. Cuanto mas se le acusaba, tanto mas se creía obligado á sostenerle, y lejos de entibiarse sus afectos por la sentida relación de Rafael, crecieron hasta tal punto, que resolvió apresurar el designio que ya desde mucho tiempo estaba en su mente proyectado.

No hacía dos horas que el sol había salvado el Horizonte cuando Juanita, llamada cerca de su padre, recibió

órden espresa de prepararse á recibir á Marco por esposo. La jóven oyó con lágrimas semejante noticia, pero no se atrevió á resistirse conociendo la tenacidad del que la diera el ser, ni menos oponerle como obstáculo su amor á Rafael, de miedo que este fuese espulsado de la casa. Juan Diaz, resuelto á llevar adelante su propósito, no hizo la mas ligera atención á la resistencia de su hija; quien viendo que no eran atendidas sus quejas, dejó la presencia de su padre con cierta especie de orgulloso silencio, que Juan Diaz interpretó por un puro asentimiento.

Lo mismo fue llegar Marco á la casa, el viejo armero mandó alejar de su lado á Rafael, que le estaba dando cuentas de negocios mercantiles, y se encerró á solas con el Italiano. Este que aun retenía la impresion recientemente causada por las palabras de su madre, recibió con mal gesto los primeros cumplimientos de su maestro, pero al escuchar de su boca que su enlace con Juanita era un asunto definitivamente arreglado, desapareció de su alma cual el humo todo recuerdo de sus anteriores promesas.

Al llegarse al Italiano á persuadir que con el tiempo podia ser heredero del armero, no vió en su futura esposa mas que un medio de llegar tarde ó temprano á poseer el objeto que tanto habla codiciado. Este pensamiento que le asaltó desde luego á las primeras palabras del anciano, llenó su corazón de alegría y de esperanzas. En cuanto á su prometida, poco le importaba el ser ó no amado, con tal de llegar á ser esposo; y no sabiendo por otra parte las relaciones que mediaban ya de tanto tiempo entre aquella y Rafael, podia figurarse que era de todo punto voluntario el consentimiento que se suponía de parte de su futura.

Aborto Marco en estas reflexiones, media á grandes pasos la estension de la sala. Juan Diaz le seguía con sus miradas, y no pudiendo adivinar el singular motivo de sus transportes, los atribuían al lado mas favorable.

—Pero vamos, continuó el armero despues de algun silencio ¿no quieres ver á tu prometida?

—Si, al momento, respondió con cierto enagenamiento Marco.

Diaz le tomó por la mano, y le condujo al gabinete de Juanita. Ambos jóvenes se saludaron con la mayor frialdad y sin pronunciar una palabra; y creyendo el anciano padre que su presencia era la única causa de semejante silencio, se marchó dejando el campo libre para que á su placer se desahogasen.

Al cabo de algunos minutos, Marco se resolvió á mirar á la que le habian destinado para esposo. Juanita se encontraba de pie, y toda ella guardaba una actitud fiera y desdenosa. Marco la encontró, á pesar de esto, tan bella, que no pudo menos de exclamar en su interior cual si tuviese delante de sus ojos el precio de su union.

—Yo poseeré las dos cosas, á Juanita y á la espada.

No hubo mas palabra pronunciada, y Marco abandonó bien pronto aquel lugar, para acompañar á su

maestro, quien creyendo favorable á sus ideas el resultado de la entrevista, no le hizo la menor pregunta sobre ello, continuando, como si tal cosa, en sus ocupaciones habituales. Marco entregado á si mismo, volvió á pensar en las palabras de su madre, y la promesa que ya no tenia ánimo de cumplir; pero ¿como salir del compromiso, y anunciar á Fausta semejante cambio? y ademas ¿que responsabilidad no caería sobre el si por culpa suya los soldados del Arzobispo sufrían una derrota?

Ya estaba el sol para ponerse—Hijo mio le dijo el anciano ¿has cuidado de anunciar á tu madre tan buena noticia?

—Seguramente contestó maquinalmente Marco.

Ya lo tenia yo previsto, contestó Juan Diaz, y á ese fin te he hecho relevar para la guardia de esta noche...anda, no te tardes.

Marco no se lo hizo repetir dos veces, seguro de que aun llegaría á tiempo de evitar la salida de los soldados de D. César; y así este cambio era una explicacion natural de su conducta, y un medio de salir de su anterior compromiso.

Mientras esto sucedia, Rafael sentido por el poco caso que su padre adoptivo habia hecho de sus revelaciones de la vispera, no habia creído oportuno el guardar silencio sobre el particular; y dió de todo relacion cumplida al consejo de los armeros. Estos, que ya abrigaban algunas sospechas, le creyeron tanto mas, cuanto que su acusacion contra el Italiano coincidía con ciertos avisos que recientemente les habian llegado por los espías de la ciudad. En su consecuencia y para evitar un golpe de mano, determinó el Consejo obrar con resolucion; y sin dar parte ni esperar el consentimiento de Juan Diaz, como era de costumbre en iguales casos, se dispuso que desde la venida del crepúsculo hasta salir el sol se pusiesen sobre las armas la mitad de los oficiales y aprendices, ademas de doblar las guardias.

Todas estas disposiciones se tomaron antes de la llegada de Marco al arrabal; y Rafael segun hemos dicho estaba de vuelta en casa de Juan Diaz algunos momentos antes de la llegada del Italiano.

No pudo menos aquel de extrañar el despego de su padre adoptivo, y al propio tiempo, la reserva que se tenia de él; todo lo cual, unido á otros antecedentes, le hizo concebir las mas serias inquietudes. Durante todo el dia habia buscado ocasiones de hablar á solas con Juanita, cosa fácil en otras ocasiones, pero en aquella sazón imposible, pues que está de órden de su padre no habia salido de su habitacion particular; y mientras que Marco se gozaba de su doble triunfo, Rafael esperaba la noche con la mayor impaciencia, para aprovechar la primera coyuntura de saber por medio de su querida los incomprensibles sucesos de aquel dia.

(Se continuará)

DESCUBRIMIENTOS IMPORTANTES.**TECLADOS TIPOGRAFICOS.**

El empleo de órganos mecánicos funcionando con regularidad en un sin número de operaciones materiales, ejecutadas hace poco por la mano del hombre, es el carácter mas marcado de las tendencias de la industria moderna. La introduccion de máquinas en los talleres es un beneficio, que no solo merece ser señalado bajo el punto de vista de la dignidad humana, sino tambien por las consecuencias materiales que de ella resultan, en especial en la economía de los gastos de produccion. Pero las dificultades que ofrecen la invencion y el poner en ejecucion las máquinas, aumentan singularmente á medida que es mas necesaria la parte de la inteligencia del artesano, para dirigirle en el ejercicio de su profesion.

Asi acontece en el arte tipográfico. Sabido es, en efecto, que el *cajista* coloca las letras una á una en el *componedor*, preparado de antemano para la justificacion, y que á medida que lee el *original* que tiene delante, su mano va á buscar los caracteres en los compartimientos de la *caja*, en donde están colocados por *clases*. Hay pues en la *composicion* de caracteres movibles dos operaciones muy diferentes, la lectura y la colocacion de los caracteres. Aunque una de ellas sea puramente material, se comprenden todas las dificultades que se presentan, cuando se trata de sujetarla á procederes mecánicos regulares, sirviéndose sin embargo para guiarle, de la inteligencia del que compone.

No es, pues, de admirar que en estos últimos tiempos haya escitado vivamente la curiosidad pública el anuncio de máquinas tipográficas. Entre estas hay tres sobre todo que deben citarse particularmente, porque ya están entregadas á la industria, ó se hallan en un grado de confeccion muy adelantado.



Teclado tipográfico de M. M. Young y Delcambé.

La máquina de MM. Young y Delcambé está conluida y dispuesta para ocupar un lugar en los talleres: los inventores la han enseñado á muchos impresores de Paris, trabajando ó funcionando por lo menos de modo que puedan apreciarse sus resultados.

La figura que precede representa dicha máquina, que se compone de cuatro partes principales, á saber:

1.º Un teclado horizontal con tantas teclas cuantas son las letras (cada tecla lleva marcada la letra que ha de hacer mover). A cada una de ellas corresponde

una espiga vertical, que da movimiento horizontalmente á una cuchilla colocada en un plano superior, á cada movimiento que se da á la tecla. Las vocales y consonantes están colocadas en el centro; las demas letras, acentos, capitales etc., están á los lados, acercándose tambien al centro las letras mas delgadas, como puntos y comas, á fin de disminuir la longitud del camino que han de andar sobre el plano de que despues hablaremos.

2.º Un plano superior sobre el cual se mueven las cuchillas de que acabamos de hablar. A la izquierda de

cada una de ellas hay una tira de cobre casi vertical, hueca por el interior. En este hueco se colocan los caracteres de una especie descansando sobre su base, y arreglados todos del mismo modo. Cada movimiento de tecla, haciendo mover la correspondiente cuchilla (un poco mas delgada que la letra de la ranura inmediata) empujará una letra que caerá en el hueco que hay al costado del sitio en que estaba.

3.º Un plato grande de cobre, inclinado á 45.º, colocado delante del plano en que descansan los caracteres. En este plato hay tantas ranuras como letras, y sirven para recibir las cuando dejan su compositor. Estas ranuras reuniéndose siempre dos á dos sucesivamente, vienen á formar una sola ranura con un agujero en su extremo, por el cual pasa la letra para entrar en el compositor.

4.º Un largo compositor, principiando por un cuarto de círculo, que principia en el vacío de que acabamos de hablar. La parte circular es doble, á fin de que las letras no puedan caer. Una pequeña rueda excéntrica, colocada encima del vacío, y que un niño ó el que compone mueven por medio de un pedal, empuja las letras que llegan al compoedor, y hace adelantarse la composición hácia la parte horizontal. Al extremo hay uno que compone, el cual toma la composición, forma las líneas y las justifica, coloca los espacios etc.

Esta máquina, construida con mucho cuidado, funciona bastante bien. Su mecanismo es muy sencillo, y salvos algunos accidentes que ocurren al entrar las letras en el compoedor y que creemos posible evitar, llena bien su objeto de máquina para componer.

Es notable también por su buena ejecución, que le permite entrar inmediatamente en los talleres, sin que haya que temer desarreglos y pérdidas de tiempo, como sucede con frecuencia con las máquinas nuevas; y el almacenaje de las letras está dispuesto de modo, que se puede cargar la máquina con gran cantidad de ellas á la vez, ventaja que no se había podido obtener todavía: por último su coste no es muy excesivo. *(Se continuará.)*

POESIA.

Los tres hermanos.

CUENTO.

I.

Un anciano respetable
de cabeza blanca ya,
una noche tormentosa
sentado estaba al hogar.

Tres nietos en torno suyo,
y en humilde ademán,
rezaban y apetecían
como niños descansar.

Pedro el mayor se llamaba,
el mediano Luis, y Juan
el menor, y todos tres
vestían tosco sayal.

El anciano calentaba
sus manos con gravedad,
y arder la llama veían
los niños con grato afán.

Se escuchaba solamente
el tranquilo susurrar
del rosario que rezaban
los tres nietos á compás.

Mientras, bramaba furioso
aterrador huracán,
que después se disolvió
en desecha tempestad.

II.

Acabado ya el rosario
estas palabras habló
el anciano respetable
con cariño y con amor.

«Grano de polvo es el hombre
en esta vida veloz;
qué la vida, amados nietos,
es puramente ilusión.

Y ¿qué valen los palacios
que el orgullo construyó,
comparados con el globo
y la inmensa creación?

Nada en el mundo se alcanza.
sin reverenciar á Dios;
gozará la gloria eterna
el que tenga devoción.

Breves mis días serán,
y poco vivirá yo,
que en esta edad ya se pisa
de la tumba el escalón.»

Al decir estas palabras
un sudor frío corrió
por el rostro del anciano
que en seguida prosiguió:

«Vámonos á descansar...»
y apoyado en el mayor
llegó hasta el lecho, y en el
sus turbios ojos cerró.

III.

Así los días pasaban
entre miseria y dolor
y las penas se aumentaban
con el tiempo roedor.

El abuelo desdichado
sufrió el rigor de su suerte,
pues fue del mundo robado
por la destructora muerte.

¡Que funesto porvenir!
¡tristes nietos! ¡que desgracia!
no quiso Dios permitir
que gozáreis de esa gracia.

Todo en la casa era llanto,
todo luto y destrucción,
y causaba horror y espanto
tan misera situación.

Y en medio de la tristeza
alzando al cielo sus manos,

así exhortó con firmeza
el mayor á sus hermanos.

«Allá en tiempos felices
gozó nuestra niñez
de juegos ilusorios
y pasagero bien.

Ya todo como sombra
y como el humo fue,
que en la region etérea
se vino á disolver.

Murió ya nuestra madre
porque morir es ley;
mas Dios la habrá llevado
al seno del placer.

Nos queda solamente,
mas no sabemos de él,
un padre que en la guerra
pudo morir tal vez.

Los tres solos vagaremos
por el golfo del dolor,
y sus ondas surcaremos
y de esclavos serviremos.
al que nos haga un favor.

Mendigando duro pan
iremos de casa en casa,
y si tal vez nos lo dan
entre miseria y afán
bendeciremos la masa.

Venid, pues, hermanos míos,
venid á ganar la vida,
no os amedrenten los frios
ni de caudalosos rios
esa corriente erecida.»

En la espalda se pusieron
un remendado morral,
lágrimas de amor vertieron,
y los tres juntos salieron
del solitario portal.

IV.

Pasado ya mucho tiempo
llegaron los tres hermanos,
á la ciudad de Sevilla
á pasar nuevos trabajos.

Muchas tierras recorrieron
desde que murió el anciano,
pidiendo pan á los ricos
y las frentes humillando.

Pero Dios protege al bueno
y castiga á los malvados,
que sus crímenes y vicios
no deja pasar en claro.

Era una hermosa mañana,
como mañana de Mayo,
y las calles de Sevilla
hervian de pueblo bajo.

Se esperaba la llegada
de Don Enrique el bastardo,
que ya Don Pedro en Montiel
todas juntas ha pagado.

El son de trompas guerreras

á lo lejos anunciaron
que se acercaba el ejército
de los nobles castellanos.

Pocos minutos despues,
entre marcial aparato
Enrique entraba triunfante
en un hermoso caballo.

¡Que era ver en los balcones,
lentos de ricos damascos
tanta daina y caballeros
al nuevo rey saludando!

Miraban con atencion
aquellos los tres hermanos;
aplaudian cuando todos
y lloraban de entusiasmo.

Limosna luego pidieron
á los que hallaron al paso,
y postrándose á sus pies
les besaban ambas manos.

Vieron venir hácia sí
á un erguido castellano
con su estoque de Toledo
y la gran cruz de Santiago.

—¿Quienes sois? les preguntó:
me interesa vuestra vida.

—Daré respuesta cumplida
el Mayor le contestó.

Pedro de nombre soy yo
Luis y Juan mis dos hermanos,
los tres somos castellanos;
nuestro padre está en la guerra,
solo nos queda en la tierra,
para trabajar, las manos.

Un abuelo nos cuidaba
y hace poco que espiró,
y tambien ya se murió
la madre que nos amaba.

Con avidez los miraba
el castellano valiente,
y les dijo alegremente
yo soy, yo soy vuestro padre...
vertamos por vuestra madre
de lágrimas un torrente.

Colocada allá en el cielo
gozará la eterna gloria,
y su preciada memoria,
nos servirá de consuelo.

En este infeliz suelo
de injusticias y maldades,
pasareis vuestras edades
con apreciable alegría
que ya se concluyó el dia
de sufrir necesidades.

Venid, venid, hijos míos,
y á vuestro padre abrazad,
no mas pesares sombríos...
los juicios de Dios, tardios,
cuando llegan son verdad.

EDUARDO LOPEZ PEREGRIN.

REAL MUSEO DE MADRID (1).

Lista de los pintores de quienes existen cuadros en este Musco.

LOPEZ (Vicente). Nació en Valencia en 1772; estudió en su país con el P. Villanueva, y en Madrid bajo la dirección de Maella. Fue Director general de la Academia de S. Fernando, y actualmente es primer pintor de Cámara.—3 C.

LOTTO (Lorenzo). Nació en el Bergamaso; fue discípulo de Juan Bellino, y murió cerca del año de 1554.—Escuela veneciana.—1 C.

LUCAS DE LEYDEN. (*Lucas Dammez*, llamado vulgarmente *Lucas de Holanda*; ó.) Nació en Leyden en 1494; fue discípulo de su padre Hugo Jacobs. Murió en 1533.—Escuela holandesa.—2 C.

LUINI (Bernardino Lovino, ó.) Floreció, en la primera mitad del siglo XVI y fue imitador de Leonardo de Vinci.—Escuela milanesa.—1 C.

LUYKS (Caritán). De este pintor solo se sabe que floreció en el siglo XVII.—2 C.

MABUSE (Juan). Nació en Maubege, en el Hainaut, á fines del siglo XV ó principios del XVI. Estudió la pintura en Italia. Murió en 1562.—1 C.

MADRAZO (José de). Pintor de Cámara de S. M. Director actual de la Academia de S. Fernando y del Real Museo. Nació en Santander en 1781; estudió en Madrid con D. Gregorio Ferro y en París con Mr. David.—4 C.

MAELLA (Mariano Salvador). Nació en Valencia en 1739; fue discípulo en la escultura de Castro y en la pintura de Gonzalez, y murió en Madrid en 1819. Fue Director General de la Academia de S. Fernando, y primer pintor de Cámara.—9 C.

MALAINÉ (Luis). Pintor de la fábrica *des gobelins* en París.—1 C.

MALOMBERA (Pietro). Nació en Venecia en 1556; fue discípulo de José Salviati; sobresalió particularmente en los retratos. Murió en 1618.—1 C.

MANETTI (Rutilio). Nació en Siena en 1571; fue imitador del Caravaggio. Murió en 1637.—1 C.

MANFREDI (Bartolomé). Nació en Mantua, y murió en la flor de su edad bajo el pontificado de Paulo V; fue discípulo del Roncalli, é imitador del Caravaggio.—Escuela lombarda.—1 C.

MANTEGNA (Andrés). Nació en Padua en 1430; fue discípulo del Squarcione. Murió en 1506. Es el fundador de la escuela lombarda.—1 C.

MARCH (Esteban). Nació en Valencia á fines del siglo XVI; fue discípulo de Orrenté. Murió en la misma ciudad en 1660.—7 C.

MARIO DE FIORI (*Mario Nuzzi* llamado). Nació en 1603, murió en 1673.—Escuela romana.—2 C.

MAXIMO (*Maximo Stanzioni* llamado el Caballero). Nació en Nápoles en 1585; fue discípulo de Caracciolo

é imitador de Guido. Murió en 1656.—Escuela napolitana.—5 C.

MAYNO (Fr. Juan Bautista). Nació en 1569. Murió en 1649 en el colegio de Santo Tomas de Madrid.—2 C.

MAZO (Juan Bautista del). Nació en Madrid en 1630; fue discípulo de su suegro Velazquez de Silva. Murió en esta corte en 1687.—Escuela de Madrid.—7 C.

MENENDEZ (Luis de) Nació en Nápoles en 1716. Murió en Madrid en 1780; estudió en España con su padre y posteriormente en Italia.—Escuela de Madrid.—38 C.

MENGS (El Caballero Antonio Rafael). Nació en Aussig, en Bohemia, en 1728; fue discípulo de su padre. Murió en Roma en 1779.—Escuela alemana.—12 C.

METSYS (Quintín). Llamado el *Herrador de Amberes*; nació en 1450 y murió en 1529: no tuvo maestro conocido.—3 C.

METZU (Gabriel). Nació en Leyden en 1615. No se sabe quien fue su maestro, pero de sus obras se colige que se propuso por modelos las de Gerardo Dou, de Terburg y de Mieris.—Escuela holandesa.—1 C.

MEULEN (Antonio Francisco Vander). Nació en Bruselas en 1634; fue discípulo de Pedro Snayers. Murió en París en 1696.—1 C.

MICHAU (Teobaldo). Nació en Flandes en 1676; fue imitador de D. Teniers. Murió viejo.—2 C.

MIEL (Juan). Nació en Flandes en 1599. Hizo sus primeros estudios bajo la dirección de Gerardo Seghers; pero pasando jóven á Roma se perfeccionó en la escuela de Andrés Sachi, y vivió muchos años en Italia, dejando en ella numerosas obras.—Escuela flamenca.—9 C.

MIGLIARA (Juan). Pintor contemporáneo. Solo se sabe que nació en Alejandría de la Paglia, y que murió hace uno ó dos años.—1 C.

MIGNARD (Pedro, conocido por *Mignard el Romano* para distinguirlo de su hermano Nicolás). Nació en Troyes en 1610; fue discípulo de Vovet y de los Caraccis. Murió en 1695.—2 C.

MIREVELT (Miguel Jason). Nació en Delft en 1568. Sobresalió particularmente en el género de retratos. Murió en 1641.—Escuela holandesa.—1 C.

MOLENVER (Cornelio) Nació en Amberes en 1540; fue discípulo de su padre, y sobresalió notablemente en el paisaje, en cuyo género llegó á adquirir una facilidad asombrosa.—Escuela flamenca.—3 C.

MONPER (José de). Nació en Amberes en 1580; pintaba países con bellas lontananzas.—Escuela flamenca.—12 C.

MONTALVO (Bartolomé) Nació en San García, obispado de Segovia, en 1739; fue discípulo de D. Zacarías Velazquez, y nombrado pintor de Cámara en 1816.—4 C.

MORALES (Luis de). Nació este pintor, vulgarmente llamado el *Divino*, á principios del siglo XVI en Badajoz; se cree que fue discípulo de Pedro Campaña murió en Badajoz en 1586.—6 C.

(1) Véanse los números 40, 41, 43, 45, 48, y 40.